

Libro Arte

Museo Reina Sofía

Equipo M.

R. Barrera

Nonie del campo, amepola
que estás abierta en el trigo
amepolita, amepola

¿te quieres catar conmigo? L. Ramón Jiménez

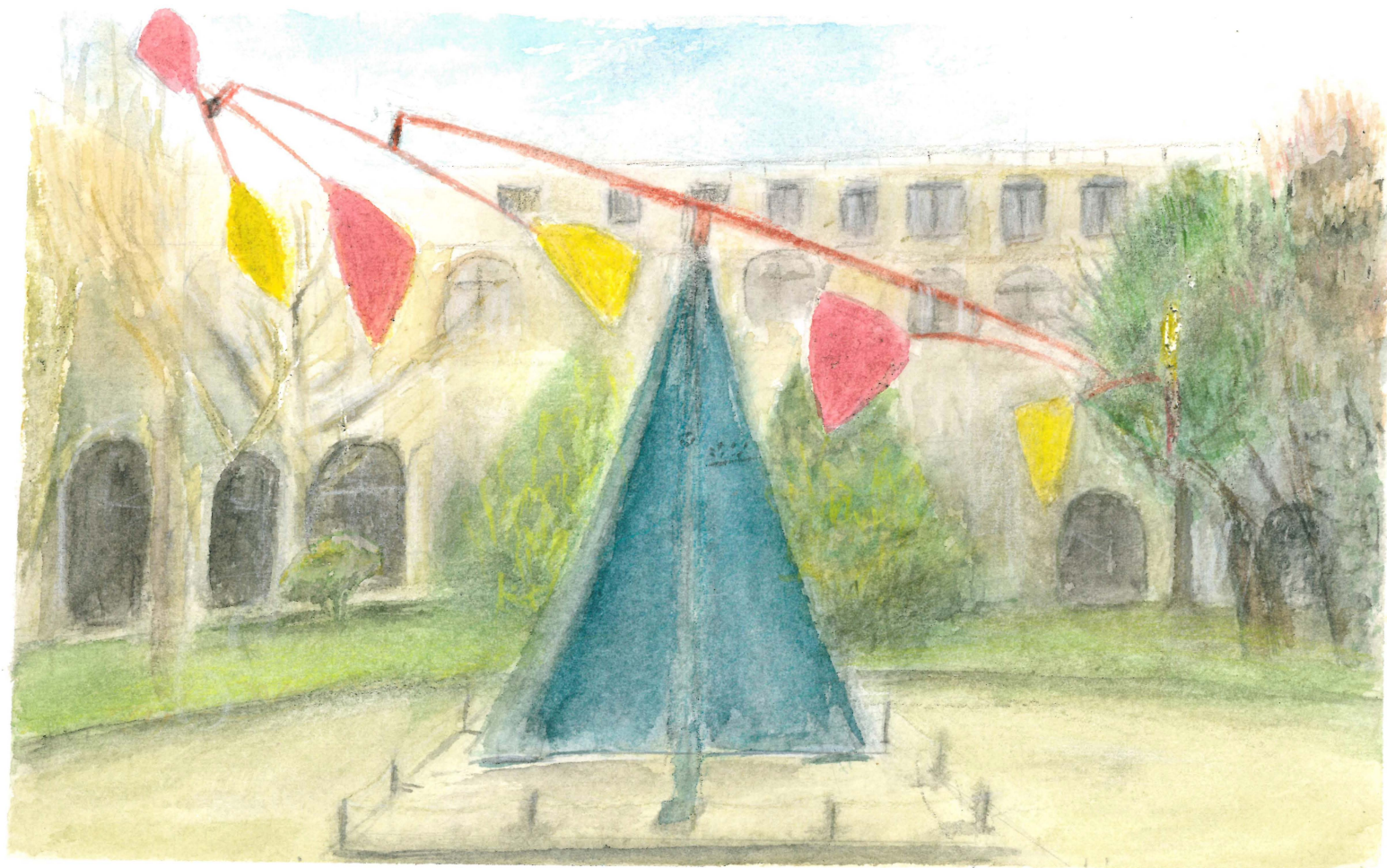
Uñatco, languarina, chospear, arambol, uifajón, abebol...

Palabras arcaicas, de otro tiempo; palabras como ababol que utilizaba el abuelo Natario para nombrar a los amepolas. El ababol se quedó dormido en mi cabeza hasta que un alumno mío, un niño dominicano, lo despertó una mañana de junio al ver un corrallo de amepolas que habían crecido en el patio del colegio. "Mira, muestra, un abebol". Comprendí entonces que nuestras palabras arcaicas, ya escondidas en lo más profundo de nuestro recuerdo, seguían vivas en otras latitudes para honrar a todos los Natarios que nos transmitieron con sus palabras viejas las mejores historias y valores.



La primera vez que fui a un museo fue al de Ciencias Naturales de Madrid. Por las razones que fuera, mis padres tenían fijación por llevarnos a aquel museo una y otra vez. El espacio me llegó a ser tan familiar, que podía recorrer las salas con la misma tranquilidad que caminaba por mi casa. Aún juego con las vitrinas de micropos e insectos por un alfiler. Yo, en mi inocencia infantil, pensaba que estaban vivas y atrapadas por aquellas puntas metálicas y que, si yo los sacaba, se podrían volver a mi alrededor y saltar por la puerta libre de su juego.

Cuando visité el Reino Sofía por primera vez, alguien que venía conmigo me dijo que ese había sido el Hospital San Carlos. Al momento recordé, por boca de mi madre, que ese establecimiento había muerto la suya, la abuela Melitona, en 1945. Siempre fue raro la salud porque, a pesar de que no creo en la trascendencia después de la muerte, ni en la resurrección de la carne, pienso que está por allí vagando entre nosotros que lo pobre, seguro, nunca habrá conseguido entender.



Llegamos al nuevo barrio a mediados de los sesenta.
Estaba tan alejado de la civilización que alrededor solo se divisaban
las extensas huertas de tomates, melones, pimientos... y un campo
de árboles repunticos que no recuerdo bien a qué especie pertenecían.

Aquel paisaje pronto se llenó de escombreras y tierras removidas
para convertirse más tarde en otros edificios como el río. Uno, otro
otro... hasta configurar un conglomerado de ladrillo rojo y terrazas
de color verde claro. Casas para obreros. Pequeños agujeros donde nos
hacíamos, en medio centenar de metros cuadrados, el matrimonio,
cinco hijos y los abuelos que venían algunos meses como huéspedes
itinerantes.

Transcurría nuestra infancia entre juegos callejeros y aquellos
dominios a medio construir. El horizonte ya sin campo, sin árbo-
les, sin nada verde donde perder la vista.



4

Motasseem Siam es un artista palestino afincado en Jerusalem. Nos contó su historia a través de un video hipnótico donde, a golpe de puzo en el ordenador y de una melodía monótona en la que todas las frases comenzaban con: "Recuerdo que...", iba caminando por un paisaje desértico hacia el mar con el que soñaba de forma recurrente que iba a morir en él. Al imaginarlo recordé un relato de García Márquez "El chofado más bello del mundo". Ahí lo veo yo, flotando en las aguas, inerte, con el vaivén de unas olas pequeñas y con el rostro iluminado de una extraña belleza.



5

Guión: El amor y el odio son dos caras de la misma moneda y la línea entre la vida y la muerte es muy delgada.

EXT. DÍA - Dos mujeres dentro de un coche en marcha. En el exterior discurre un bonito paisaje del mar Mediterráneo en su camino de Nador a Alhucemas.

MARTA - 45 años, vestido con una camiseta deportiva, se sienta en el lado del copiloto.

JULIA - 52 años, vestida con una camiseta blanca arremangada hasta el codo conduce.

Marta habla sin parar, festiva con enfado. Reproches, acusaciones...

Julia se encuentra mal, la frente perlada de sudor, la mirada febril.

Los golpes y reproches de Marta llegan a oídos de Julia como un murmullo ininteligible y lejano.

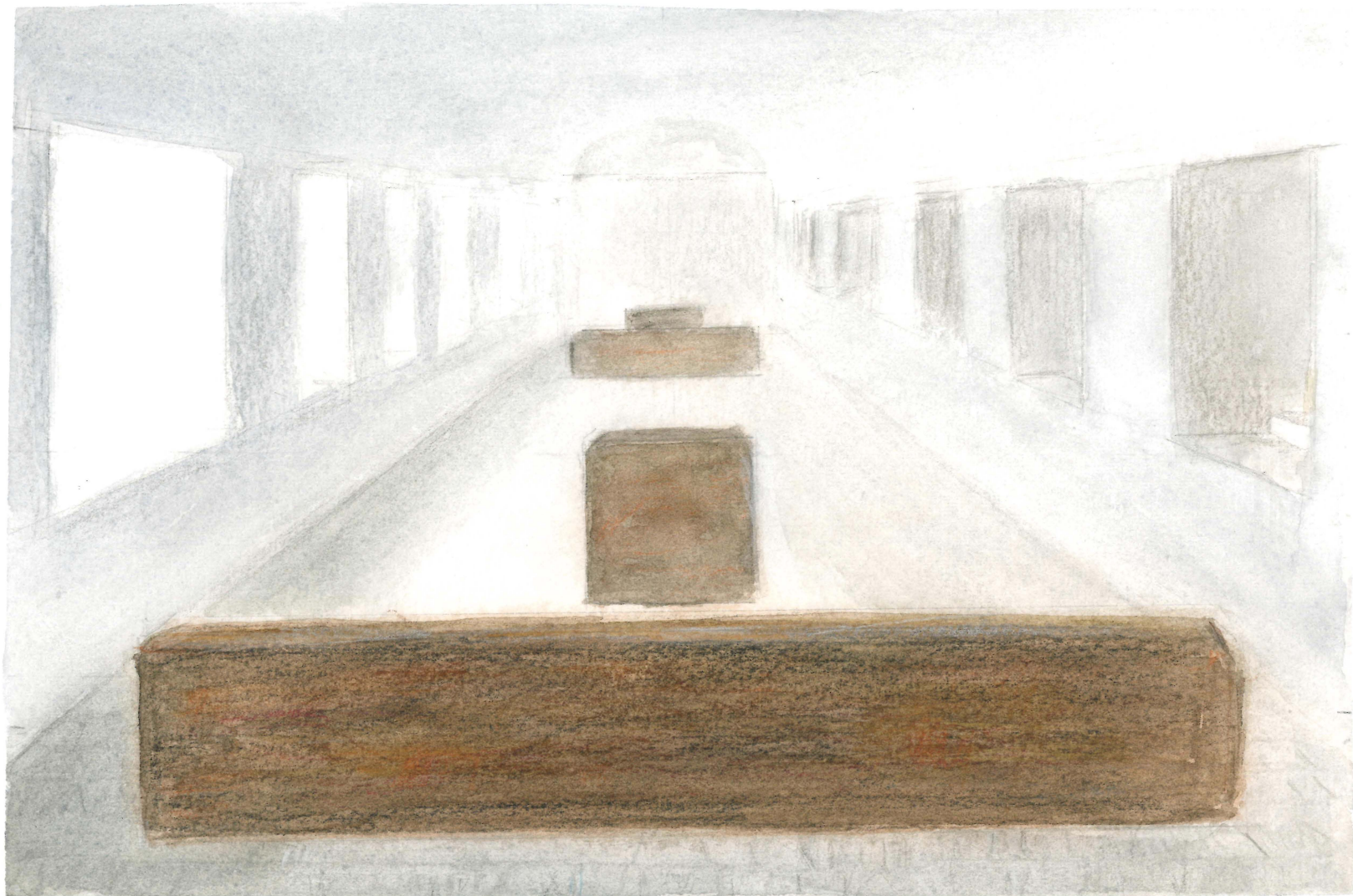
Cuando o percata finalmente en el destino, Marta se baja del coche y hace ademán de desahogarse.

INT. NOCHE - Consultorio médico muy básico. Julia sobre una camilla. Marta habla con un médico marroquí vestido a la europea y con largas barbas blancas.

MÉDICO - Es un ataque de apendicitis, debería operarse inmediatamente.

MARTA - Pero doctor, estamos a muchos kilómetros de un hospital.

MÉDICO: yo sólo digo lo que hay que hacer. Ustedes buscarán la manera.



La escultura de Richard Serra desapareció como si
de humo se tratase. ¿Dónde está?

Los investigadores y la policía no han hallado respuesta y
yo imagino esos magníficos bloques de hierro enrejado en una
isla, en la mansión escondida de un gran coleccionista extran-
jero, justamente en medio de un paraíso vegetal donde mo-
nos, serpientes y distintas especies de este clima tropical
saltan o descansan encima, disfrutando de la puesta de sol
frente a un mar transparente que invita a la calma.

Robert y la forma de transportarlo hasta allí será el siguiente
capítulo de "Misión imposible". " Señores, tendrán que tras-
ladar la escultura de Richard Serra hasta un lugar llanudo:

***** Tienen una semana para sacarlo del oliváceo y otro
para llevarlo hasta allí. Este mensaje se autodestruirá en tres
segundos. ¡Buena suerte!

